

Extractos de Despertar en Praga.

Por Federico Cintrón Fiallo

Mirka y yo nos encontrábamos en casa de Eloy y Amelia en Praga. ¿Eloy? ¿Amelia? Eloy o no Eloy, Amelia o no Amelia, en aquel entonces así los conocía. Hoy no sé si dejaron de serlo. Bueno, de nombres seguro. Aquellos eran los de su clandestinidad, los que adornaban su personalidad de guerrilleros urbanos. Así que dejémoslos como Eloy y Amelia. (p. 1)

Encontré la calle Na Kampě. A la izquierda quedaba el Puente de Carlos. Me fui a la derecha y entré en el parque. Allí estaba la mujer, sentada frente al río, arrullada por el susurro de sus aguas, ensimismada en su lectura, ajena a mi presencia. Yo no existía. Tomé, una tras otra, fotos del paisaje en el que ella estaba integrada como una pincelada en una pintura impresionista. Mis fotos invirtieron la relación, ella se convirtió en el motivo del fugaz paisaje que la adornaba. Ya frente a ella, me presenté con esa pregunta tonta. (p. 18)

Sorprendido por el tono poco habitual en Leonor, me eché a reír, qué remedio. Leonor era franca, directa y de palabras fuertes. Todos la respetábamos y queríamos mucho. Tras el triunfo de la revolución había estado recluida en un hospital reponiéndose de la tortura. Todo su cuerpo era un mapa de cicatrices. Su alma también. (p. 32)

Al llegar a uno de los pueblos el impacto fue demoledor. Hoy recuerdo el cruzacalle como si lo estuviese leyendo en este preciso momento. Después todo cambió. Ya no veía el paisaje. Las paradas las limitaba a buscar un té y algo de comer, casi tan autómatas como percibía a los que servían. Es como si hubiese borrado los detalles del viaje hasta México. El cruzacalle leía: Welcome to the black land of the white men. (p. 76)

Mirka, que me escuchaba con su cabeza sobre mi pecho, estiró su mano hacia mi cabeza, me dio un tierno beso en el cuello, colocó su pierna entre las mías, ofreció el calor de su cuerpo, y cuando yo ya reaccionaba, me detuvo e insistió en su interrogatorio. (p. 77)

La noche transcurría como un juego, ella tratando que yo hablara checo y yo que ella hablara español. Cada nueva palabra descifrada del español, el checo, el alemán o el ruso, era un beso y una pieza de ropa menos. (p. 141)

Aquel día en el aeropuerto tomaba un café con Orlandi y Abel. En una mesa retirada había dos hombres tomando cerveza y esperando un vuelo. Uno de ellos me miraba con insistencia, o por lo menos así me parecía.

—No miren ahora, pero a mi derecha hay dos hombres y uno de ellos no me quita los ojos de encima.

Orlandi, que estaba frente a mí y de lado hacia ellos, giró con naturalidad y llamó al mozo para poder mirar disimuladamente.

–Por favor, tráiganos tres cervezas. Tómate una, que ya podrás tomar buen café durante el viaje, pero no una como esta.

Abel, que estaba de espaldas a ellos, se levantó para ir al baño y también poder mirar.

Él y el mozo con las cervezas, regresaron al mismo tiempo. Brindamos por el viaje y mientras bajaba la jarra volví a mirar disimuladamente a los dos hombres.

–Ese que ves con el maletín esposado a su muñeca es el correo diplomático de la embajada de Estados Unidos. Si te ha mirado debe ser pura casualidad, seguramente él no sabe quién eres. Cálmate, estas nervioso por el viaje. (p. 163)

Salía de Panamá cuando en el aeropuerto, ya casi montándome en el avión, “Samuel Santana, favor de presentarse al mostrador de PanAm”. Tres hombres, con esa pinta universal de agentes de algún servicio represivo, esperaban por mí. Fui conducido a un cuarto pequeño que tenía una mesa y dos sillas. Al entrar me empujaron contra una pared.

–Levanta los brazos y coloca las manos sobre la pared. –Comenzaron a registrarme.

–¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me detienen?

–¡Cállate! Nosotros somos los que hacemos las preguntas. –Tomaron el pasaporte y todo lo que tenía en los bolsillos, lo pusieron en la mesa sin siquiera revisarlo.

–Siéntate. –Me colocaron una de las sillas separada de la mesa.

Comenzaron a interrogarme y a registrar mi equipaje. Después de las preguntas predecibles, en las cuales no insistieron, sobre quién era, de dónde venía, hacia dónde iba, qué hacía en el país y a quién había venido a ver, entraron en materia, en quien realmente les interesaba, Eloy.

Como un resorte, Abel, Orlandi, Mario y Eloy, levantaron las cabezas y dejando de comer clavaron sus miradas en mí.

–¿Te preguntaron por mí? ¿Sabían de mi viaje?

–Sí, tú eras el que les interesaba, pero escuchen el relato, voy a tratar de reproducir el interrogatorio lo mejor posible.

–Espera. –Intervino Mario. –Lo que acabas de decir es muy serio. La vida de ambos estuvo en peligro.

–Sí. Lo sé. Pero escuchen.

[...]

¿Quién realmente era Eloy? Durante el interrogatorio valoré el uso de los seudónimos. Recuperado de la sorpresa inicial comprendí que conocían del viaje político, que viajábamos dos, que yo era yo, lo cual no era sorpresa para mí que lo supieran, y que había otro llamado, Eloy. La sorpresa se convirtió en una sonrisa interna, no lo sabían todo.

[...]

–Este se cree muy listo, pero en realidad es un pendejo, –montado en cólera prendió un cigarrillo –ahora verá. Vamos a ver si aguanta el calor, sujétalo y ábrele la camisa. (pp. 186-193)

Sorprendida, desconcertada, con voz entrecortada y casi inaudible, preguntó, –¿Sigue inconsciente?

–Fabián agoniza en Moscú.

Mirka atrajo hacia sí a Lukáš, le sentó en sus piernas, le estrechó fuertemente contra su pecho y, descansando su cabeza sobre la de él, cerró los ojos. Permanecimos en silencio por varios minutos. Lukáš, tal vez irradiado por nuestro dolor o arrullado por el susurro de las aguas del Vltava, permaneció tranquilo. (p. 204)